

El Papa Impostor



Traducido por
Arturo Juan Rodríguez Sevilla

T. S. McLellan

T. S. McLellan

El Papa Impostor

«Tektime S.r.l.s.»

McLellan T.

El Papa Impostor / T. McLellan — «Tektime S.r.l.s.»,

Una historia del tipo "El príncipe y el pobre/el prisionero de Zenda", que involucra a un loco árbitro de béisbol al frente de la Iglesia Católica Romana. Un pequeño grupo de reformistas radicales secuestran al Papa y lo sustituyen por uno que creen que pueden controlar. El verdadero Papa escapa de sus captores, pero no puede encontrar ayuda de las autoridades, porque nadie le creerá.

El Papa Impostor

Por

T. S. McLellan

Traducción por Arturo Juan Rodríguez Sevilla.

Derechos de autor © 2016 por T.S. McLellan

Dedicación

Este libro está dedicado a mi amada esposa, Renee.

Prólogo

Me divierto imaginando cosas improbables, generando tonterías. Me gusta imaginar programas de televisión y películas que son completamente erróneos, o libros escritos por el autor equivocado. Me divierto leyendo cuentos de autores divertidos, porque a los autores pedantes no les gusta mucho leer. Esta historia comenzó como un mal juego de palabras, y me sorprendió cuando los personajes elaboraron los detalles y me encontré leyendo "El príncipe y el pobre" de Mark Twain, como si hubiera sido escrito por Douglas Adams. Cuando terminé esta historia hace más de veinte años, decidí que no la publicaría mientras el Papa Juan Pablo II estuviera todavía vivo, porque él era el personaje central y, habiendo hecho la investigación, lo encontré no un hombre tonto, sino un hombre que merecía la más alta reverencia y respeto. El lector puede notar que su personaje fue tratado con deferencia, un gran hombre en un entorno absurdo con héroes improbables.

Era el año 1980. Muchas cosas pasaron en 1980, y esta es la historia de una de ellas.

T.S. McLellan

El Papa Impostor

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Epílogo
Capítulo 1

En la ciudad de Chicago, una subdivisión menor de un campo de maíz con el nombre de Illinois (que es una porción insignificante de los Estados Unidos de América) es un estadio muy menor conocido como "Wrigley Field". Wrigley Field, por extraño que parezca, no tiene nada que ver con la siembra de maíz, y poco que ver con la fabricación de chicles. Wrigley Field es un estadio deportivo, específicamente un deporte que se proclamó como el gran pasatiempo americano, a pesar del hecho de que el gran pasatiempo americano estaba realmente viendo el fútbol americano en la televisión los lunes por la noche. El béisbol era lo que Estados Unidos veía durante la temporada baja de fútbol.

En un día en particular, el cielo estaba nublado y el sol apenas era visible, algunos grandes estadounidenses pasaban el tiempo lanzando la pelota de un lado a otro en Wrigley Field. Los equipos eran los Chicago Cubs y los Boston Red Sox.

A nuestra historia no le importa quiénes eran los jugadores individuales, aunque la bateadora de los Medias Rojas tenía una línea de banda muy interesante. Estudiaba antropología social para un posgrado y decidió escribir su tesis sobre los rituales sociales y el sistema de castas de los Medias Rojas. Ella incluso expuso más para incluir sus rituales de apareamiento, e incluso participó activamente. Los Medias Rojas la querían mucho, si no a sus esposas.

Lo que importa a nuestra historia es que en este día en particular mientras los Cubs y los Red Sox estaban en el campo de batalla, fue en la parte alta de la séptima entrada cuando los Cubs lanzaron

y el bateador de los Red Sox cortó la pelota en una punta sucia que rebotó del bate en la cabeza del árbitro principal, Carl Rosetti.

Nuestra historia es, por supuesto, sobre Carl Rosetti. Carl nació cuarenta y cinco veranos antes del incidente de la bola de foul en Wrigley Field. Debido a una combinación relativamente rara de calvicie de patrón masculino y canas prematuras, parecía un hombre de más de sesenta años. De hecho, parecía un hombre de sesenta y tantos años desde que tenía treinta. Se consideraba afortunado de que la tendencia no continuara, ya que cuando tenía cuarenta y cinco años ya debería haber mirado.

Como un hombre de noventa años, pero el efecto parecía haberse detenido solo. En realidad tenía la esperanza de que para cuando cumpliera noventa años seguiría pareciendo un hombre de más de sesenta años. El hecho es (y él sería el último en admitirlo) que tenía un parecido sorprendente con el actual Papa, Juan Pablo II. Él sería el último en admitirlo, es decir, hasta el infame incidente de la pelota en Wrigley Field. Después de eso, pensó que era el Papa Juan Pablo II. No podía entender cómo había olvidado el polaco.

Después de regresar a su Brooklyn natal, fue examinado minuciosamente por su médico de familia y por todos los colegas de su médico de familia en la profesión de salud mental. Después de intensas pruebas, pinchando y pinchando hasta el límite que su seguro de salud pagaría, fue finalmente liberado para volver a casa. Junto con la supresión consciente, esquizofrénica y delirante, y muchas otras palabras que usaron los médicos, "bastante inofensivo" fue la frase que vio su regreso al mundo exterior. —¿Qué quieres decir con inofensivo?— preguntó su padre. —¿Cómo va a trabajar, eh? ¿Se cree el maldito Papa, por el amor de Dios! ¿Esperas que vuelva a trabajar para el béisbol? ¿Quién va a creer alguna de sus llamadas?

—Sr. Rosetti,— el Dr. Sternberg sonrió indulgentemente, —Estoy seguro de que recibirá compensación laboral por una lesión relacionada con el trabajo. Puede que no tenga que volver a trabajar.

A Bob Rosetti no le gustaba la sonrisa indulgente del Dr. Sternberg. Sentía que estaba siendo tratado con condescendencia, que era lo que era. Instintivamente desconfiaba de cualquiera con un título. También desconfiaba instintivamente de todos los demás, pero ni siquiera de una persona con un título. Incluso su hija, Dorotea, no era de fiar ya que obtuvo su título en Danza Interpretativa de la Universidad de la Ciudad. Bob Rosetti trabajó muy duro para cultivar suficientes flores para que pudiera ir a la escuela y así poder desconfiar de ella. Miró fijamente al Dr. Sternberg. —Así que esperas que aguante a un Papa de cuarenta y cinco años corriendo por la casa. Diablos, estaría mejor volviendo al trabajo.

—Cuidado, Bob. Recuerda tu presión arterial—, le recordó Betty.

—¿Cómo puedo olvidar mi presión sanguínea si me lo recuerdas cada dos minutos? Mire, doctor, ¿no hay nada que pueda hacer?

—¿Qué quiere que haga?

Bob Rosetti se sonrojó. Pensó que la respuesta era bastante obvia, pero el hombre con el grado indulgente no podía entenderlo. —¡Arréglole!

El Dr. Sternberg continuó sonriéndole indulgentemente. Lo aprendió en un seminario de fin de semana en una escuela de postgrado y estaba muy orgulloso de ello. De hecho, sacó un sobresaliente. —Lo siento, Sr. Rosetti. Para poder arreglarlo, primero debes asumir que está roto. El hecho es que está en perfecto estado de salud, físicamente. Es su estado mental el que falta.

Bob Rosetti estaba empezando a sudar por sus poros carmesí, y el hecho de que Betty lo acariciara en el hombro no lo estaba calmando en lo más mínimo. —Mire, tiene un problema en la cabeza, ¿verdad? Y usted es médico jefe, ¿verdad? — El Dr. Sternberg continuó sonriendo indulgentemente. Bob no podía creer que le correspondiera a él establecer la correlación obvia. —Y ya que es un médico jefe y su problema está en su cabeza, ¿depende de usted arreglarlo!

El Dr. Sternberg no estaba del todo seguro de si fruncir el ceño pensativamente o continuar sonriendo indulgentemente. Como sólo había sacado una "C-plus" en el seminario de ceño fruncido, decidió quedarse con lo que mejor hacía. —Verá, Sr. Rosetti, Bob, si me permite llamarle Bob,...

—¡No, no puede llamarme Bob!

—Verá, Bob—, continuó el Dr. Sternberg, —el asunto no es tan simple como arreglarlo. El trauma del accidente, sumado a la vergüenza pública del incidente, sólo sirvió para liberar algunas supresiones profundamente arraigadas. Es una maniobra escapista, para evitar las constantes presiones del trabajo, el mundo entero esperando cada decisión suya y la mitad del mundo entero violentamente en desacuerdo con esas decisiones. También es una manera para él de lidiar con sus propios sentimientos de inadecuación, pues ¿quién puede discutir con las decisiones del Papa? Como se ha retirado al mundo de su propia creación, le llevará muchos años de terapia erradicarlo.

—¿Por qué no puedes golpearlo en la cabeza otra vez?

—Lo siento, Bob, — sonrió el Dr. Sternberg, —pero hay leyes que prohíben a los médicos golpear a sus pacientes en la cabeza.

—¿Y si lo hago?

—Podría causar conmoción cerebral, daño cerebral, incluso la muerte. No le gustaría eso en su conciencia, ¿verdad?

—Le ganaría a un pontífice de mediana edad que merodea por la casa

Capítulo 2

Dorotea Rosetti-Harris era otra asistente de enfermería frustrada. Cambiar de cubrecamas no era su vocación en la vida. Tenía su título, estaba destinada a algo mejor. En sus días libres distribuyó sus currículos a los grandes empleadores, así como a restaurantes de comida rápida. Estaba trabajando en un baile que llamó "Oda a los Cambiadores de Sartenes".

Hizo audiciones para varias producciones musicales fuera de Broadway y demostró su destreza en el baile. Director de casting tras director de casting prometió llamarla; pero, incluso después de recibir un teléfono, ninguno de ellos lo hizo. A veces deseaba que las cosas hubieran ido bien en su vida, que su vida fuera bien. Pero todo parecía desesperado. Su matrimonio fallido con Donald Harris, el joven que usurpó la guardería de su padre. En realidad se lo vendieron cuando el viejo se retiró, pero eso no importaba. Nunca supo antes de la boda que el Sr. Donald Harris tenía lazos con el hampa. Entonces, cuando John García apareció en la boda, ella estaba más que un poco sorprendida. Donald amablemente explicó que John era su padrino, pero todos lo llamaban padrino. Resultó, sin embargo, que John García realmente era el padrino de Donald. Creció al lado del hombre.

Donald realmente no era un mal hombre; no era el material de la película de la semana. Claro, bebía un poco, fumaba un poco, era un poco abusivo y le gustaba frotarse un poco el culo con plátanos crudos. Pero ella creció con eso. Todos los hombres estaban así. No le gustaban sus conexiones con el hampa. Eso era algo con lo que no podía vivir.

Ahora se sentaba en un banco en el pasillo del asilo de ancianos "Severamente Buen Cuidado", exhausta después de horas de tomar el pulso, de lavarse el cuerpo, de dispensar medicamentos y de cambiar la cacerola de la cama. —Soy bailarina—, se decía a sí misma repetidamente, —Todo este ejercicio es bueno para mí—. El hecho es que todo el estar de pie, caminar y levantar las pantorrillas era algo de lo que Arnold Schwarzenegger estaría orgulloso.

—Dorotea, tienes una llamada en la línea dos—, le dijo la Sra. Wing por el intercomunicador de la Estación Central de Enfermería.

La luz fuera de la habitación de la Sra. Oldmeyer comenzó a destellar al mismo tiempo. Dorotea se levantó cansada y le metió la cabeza a la Sra. Oldmeyer. —Tengo que contestar el teléfono. Enseguida vuelvo—, le dijo a la Sra. Oldmeyer.

—Jovencita—, dijo la Sra. Oldmeyer con severidad, —He estado sentada en esta cama la mitad de mi vida esperando que alguien responda a mi anillo. ¿Cómo puedes ir corriendo a coquetear con quien sea que tengas que ir a coquetear?

—Ya regreso, Sra. Oldmeyer—, repitió Dorotea, ignorando sus amenazas.

—¡Tendré tu trabajo por esto, pequeña golfa insolente! —. Gritó la señora Oldmeyer.

—No te gustaría. — Dorotea regresó a la estación de enfermeras y levantó el auricular, activando la línea dos. —¿Hola?

Una voz aburrída y envejecida le dijo con voz ronca: —Oye, ¿hola? — Ella podía reconocer al nativo de Brooklyn en su voz.

—¡Oye, papá! ¿Por qué me llamas al trabajo? Sabes que no debería estar recibiendo llamadas en el trabajo—. Dorotea miró a las enfermeras que escuchaban a escondidas alejarse con expresiones de desilusión en sus rostros.

—Lo sé, Muffin, pero imagino que no te pagan lo suficiente para que tu padre no te hable cuando necesita hablar contigo.

—Entonces. ¿Cuál es el problema?

—Decidieron liberar a tu hermano.

—¡Esa es una gran noticia! — sonrió Dorotea. —Eso es fantástico, papá. ¿Cómo lo curaron tan pronto?

—No lo curaron exactamente. Todavía cree que es el Papa. Dijeron que era algo inofensivo, así que lo iban a soltar en vez de encerrarlo como deberían estar haciendo.

—Oh—, dijo Dorotea lamentablemente al final de la línea. —Ya veo.

—De todos modos, me di cuenta de que como ya no estabas casada con Donny, te gustaría mudarte con tu hermano y evitarle problemas.

Dorotea giró un mechón de su cabello alrededor de su dedo nerviosamente. Ella había visto a otras chicas haciendo esto en la universidad y pensó que era lindo. Practicó y practicó hasta que finalmente lo hizo bien. No tuvo el mismo efecto en ella. La hizo parecer un narval afilando su cuerno. —Pero papá, no soy un profesional de la salud. Soy bailarina.

—¿Y qué? ¿Debería cuidar a tu hermano loco después de pensar que me deshice de él hace veinticinco años? Es una broma cruel para un anciano.

—No eres tan viejo—, dijo Dorotea.

—Tengo setenta años. ¿Has visto alguna vez a un perro vivir hasta los setenta años? ¿Alguna vez viste un pez dorado durar tanto tiempo? Ni siquiera los caballos viven hasta los setenta años, aunque algunos de ellos compiten como ellos. Soy un hombre viejo, Dorotea, y no quiero cuidar del Papa.

—Vale, te diré una cosa. Lo pensaré. — Eso debería ayudarlo por un tiempo.

—Sí, piénsalo. Y si no me das la respuesta correcta, haré que tu madre te recuerde los problemas que estabas dando a luz.

—Tengo que irme, papá.

—Piensa en lo que te dije. Te amo, Muffin.

—Yo también te amo. Adiós, papá—, dijo, y reemplazó el receptor en su gancho. Las enfermeras de la estación de enfermería la observaban expectantes. —Quieren que me mude con el Papa—, se encogió de hombros.

—¡Pervertido! — La Sra. Wing sonrió, y debería saberlo.

Capítulo 3

En la parte baja del lado oeste de Manhattan se encuentra el World Trade Center, torres gemelas que desaparecen en las nubes (pero sólo en días nublados, y sólo entonces si las nubes son relativamente bajas. En días de niebla casi todo desaparece en las nubes.) Al lado del World Trade Center se encuentra un pequeño hombre desaliñado en un traje de tweed fumando un cigarro de María y Diego. Es el dueño de los edificios, y los vende en un promedio de diez veces al día.

Stan Woodridge comenzó su concesión de bienes raíces después de que la ciudad le dijo (y muy mal educadamente, podría añadir) que era ilegal e inmoral actuar como agente de un grupo de teatro callejero. Tomaba el dinero del actor de la acera y lo reservaba en el centro de Times Square o en la esquina de la Séptima y Broadway. Las trabajadoras callejeras apreciaban su estilo y varias de ellas se

habían acercado a él para representarlas también, pero sus agentes actuales siempre le recordaban (y muy maleducadamente, podría añadir) que no era agradable involucrarse en el acto de otro agente. Eliminar la novedad del teatro (aunque sea la variedad de aceras) y la profesión más lucrativa de la representación profesional, y eso deja al empresario industrial en una sola dirección-- Bienes raíces.

Dorotea Rosetti-Harris encontró a Stan junto a sus edificios, donde le dijeron que estaría, y se acercó a él.

—Hola, jovencita—, Stan sonrió ampliamente, su bigote ondeando en la brisa, —Bonitos edificios, ¿eh?

—Bastante bien—, Dorotea estuvo de acuerdo.

—Histórico, también. ¿Sabías que estas torres eclipsan al Empire State Building? ¿Que son más altos que la Torre Sears en Chicago? ¿Que son, de hecho, los edificios más altos del mundo? Apuesto a que no lo sabías—, sonrió Stan con suficiencia, buscando a tientas con su abrigo algo con lo que quería contar.

Su mano, pero no quería mostrarla todavía.

—Había oído eso en alguna parte—, contestó Dorotea vagamente.

Stan sacó de su abrigo la edición actual del Libro Guinness de los Récords Mundiales. —Aquí está. Veamos si puedo encontrar la página... — murmuró, pasando a una página de orejas de perro marcada con su tarjeta de visita. —El edificio más alto del mundo—, señaló una entrada con la leyenda "Edificio más alto".

—El World Trade Center de la ciudad de Nueva York es el edificio independiente más alto—, concluyó. —¿Qué significa 'independiente'?

—Significa de abajo hacia arriba—, dijo Stan. —Creo que eso es lo que significa. Tiene sentido. —Quiero decir—, suspiró, —obviamente el faro en el Peñón de Gibraltar es más alto en cuanto a elevación, o incluso una choza de un solo piso en Denver, Colorado. Pero estas torres son las más altas desde el nivel del mar. Incluso bajo el nivel del mar. De hecho, bajan ocho pisos. Realmente los hice construir bien, ¿no?

—Eso está muy bien, pero- Trató de decir Dorotea.

—Y ahora puedes tener una parte de ellos. Una gran novedad, impresiona a tus amigos en casa. ¿De dónde eres, de todos modos?

—Brooklyn—, contestó Dorotea, pacientemente.

—No le he vendido ni un piso a nadie en Brooklyn. Usted puede ser el primero en poseer un pedazo del edificio más alto del mundo. En realidad, es más una situación de tiempo compartido, y sólo tienes un pie cúbico, pero lo que cuenta es la novedad. ¿Cuánto esperarías por ese tipo de novedad?

—Realmente no creo...

—Esa fue una pregunta retórica, mi bella dama. No hay forma de ponerle precio a ese tipo de cosas. Y recuerda, eso es por el pie cúbico. Arriba, abajo, al otro lado, todo. ¡Mil dólares es una ganga!

—No sé...— Dorotea de nuevo intentó echarse atrás en el discurso de Stan.

—¿No lo sabes? ¡Me costó cinco mil por pie cuadrado sólo para tenerlo construido! — Mil dólares por una escritura con una descripción legal completa de su pedazo del edificio más alto del mundo es un regalo! Mira el precio de los bienes raíces en esta área.

—Mira, no he venido aquí a comprar...

—De compras, ¿eh? ¿Qué dirías de quinientos dólares?

—¿Ir a saltar al East River?

—¡Tienes razón! No puedo hacerle esto a un compañero de Brooklyn, y a uno hermoso. Cien dólares y te daré un pie junto a una ventana.

—Eres Stan Woodridge, ¿verdad? — interrumpió Dorotea.

La sonrisa del vendedor de Stan se desvaneció un poco. —No eres una mujer policía, ¿verdad?

—Soy la hermana de Carl Rosetti.

El alivio se extendió por la cara de Stan como sirope en un mantel recién lavado y planchado. —Dile a Carl que le pagaré en cuanto tenga los fondos. ¿No ves que estoy trabajando en ello?

—No vine a verte por dinero—, dijo Dorotea.

—¿No lo hiciste? Bueno, eso es un cambio. ¿Cómo está el viejo Carl? Leí que tuvo una conmoción cerebral durante el juego de los Cubs y los Medias Rojas. ¿Está bien? — Stan encendió otro cigarro de la culata ardiente de su viejo.

—Se cree el Papa.

—Siempre aspiró a la grandeza. ¿Cigarro? —ofreció.

Dorotea levantó la mano y agitó la cabeza. —Me preguntaba... — comenzó.

—Bueno, ¿qué tienes en mente?

—Carl dijo que quizá conozcas un lugar para vivir", terminó.

Stan se rascó la cabeza. —¿Qué tiene de malo la casa de Carl? —Se encogió de hombros.

—Es un estudio. Mi casa también lo es.

—¿Y qué tiene de malo un estudio? Tengo amigos muy exitosos que viven en estudios.

Dorotea dudaba que Stan tuviera amigos exitosos. —El estado ha puesto a papá a cargo de la pensión de Carl. Me contrató para cuidar a Carl ahora que no está bien equipado para cuidarse a sí mismo. Pero ninguno de nosotros tiene un lugar que funcione. Estoy buscando un lugar con dos dormitorios.

Stan exhaló una nube de humo de cigarro y se tiró del bigote pensativamente. —¿Dónde quieres vivir?

—Oh, donde sea—, Dorotea se encogió de hombros.

—Conozco un lindo departamento en Harlem—, comenzó Stan.

—Cualquier lugar menos Harlem—, enmendó Dorotea.

—Conozco a un tipo que tiene un edificio en la isla, en el área de Flatbush.

—Realmente no somos del tipo de gente de la isla—, re-enmendó Dorotea.

—¿Jersey City? —Preguntó Stan.

Dorotea sonrió débilmente y se encogió de hombros.

Finalmente, se resolvió. Después de mucho fisgonear y regatear, un poco de seguimiento y mucho rezar por parte de Carl, se establecieron en un piso de dos dormitorios en Brooklyn, cerca del agua. Carl lo bendijo doblemente antes de habitarlo, y Bob pagó el primer y último mes de renta, junto con el depósito de limpieza, el depósito de llaves y el depósito de electrodomésticos. Se quejó todo el tiempo, a pesar de que todo estaba fuera del dinero de Carl. —Es mejor que ellos viviendo aquí—, le concedió a Betty.

Capítulo 4

El corredor deambuló por el pasto, tomando tiempo para limpiar el estiércol fresco de oveja de la suela de su zapato. Se limpió la frente con el dorso de la mano. La catedral monolítica yacía en el valle que se extendía a sus pies. Se encogió de hombros y empezó a descender corriendo por la colina, cuando sus pies cedieron junto con la tierra que había debajo de ellos.

—Solidaridad—, sonrió a los desconcertados soldados que lo rodeaban.

—¿Quién eres? —preguntó uno de los guerrilleros.

—Nadie—, jadeó el corredor con indiferencia.

—Correcto—. Un AK-47 de Alemania Oriental y un Ouzi israelí apuntaban a su sección media. Dos soldados más vinieron de la esquina del búnker y comenzaron a registrarlo. Uno de los soldados le dio una palmadita en los costados. El otro soldado se cacheó la ingle. —Aquí no hay nada—, dijo.

—Yo no diría nada—, dijo a la defensiva.

—Entonces no lo sabrías—, sonrió ella. Dos de las otras hembras se rieron.

—Ese “nada” siempre me ha servido bien—, declaró el corredor.

La mujer soldado volvió a agarrar su ingle. —Entonces tienes requisitos mínimos.

Fue entonces cuando se descubrió la carta. El Cardenal Fred recorrió el recinto de la abadía, admirando y adorando la obra que había encargado personalmente, especialmente la rosaeda. Como único residente y propietario de la abadía, incluida la Catedral, disfrutaba de la jerarquía del lugar. Llegó allí unos quince años antes como un humilde sacerdote, y se abrió paso hacia arriba, arrastrándose para obtener ascensos hasta que se ascendió lo más alto que pudo. Es cierto que ahora no había sacerdotes ni novicios ni obispos humildes a quienes mandar, pero los aldeanos le tenían en gran estima. Más o menos reemplazó a los señores feudales que el gobierno comunista más o menos intentó reemplazar.

El Cardenal Fred repasó sus rituales diarios con la pompa y la ceremonia logradas que sólo un Cardenal Católico podía lograr. Cantando solemnemente en latín ordeñó la vaca. Con severidad dividió la leche para los gatos. Sternly cosió ropa interior con volantes de encaje, y con una actitud más santa que la suya escuchó su propia confesión. Con mucha gravedad sirvió su penitencia de llevar dicha ropa interior con volantes mientras rezaba cincuenta Ave Marías y se azotaba con hojas de nabo.

Y con un suspiro pomposo reconoció que estaba solo.

Dmitri Dmitrivich fue escoltado formalmente a la siniestra Catedral y a la capilla por las guerrilleras. Justo a tiempo para escuchar el final de la famosa Misa Miranda del Cardenal Fred, en la que su Excelencia, el Cardenal, llevaba fruta en la cabeza y cantaba la Misa con un ritmo de Rumba. Dmitri Dmitrivich estaba avergonzado y no sabía si aplaudir o decir "Amén". Una de sus encantadoras acompañantes lo salvó de la decisión tosiendo en voz alta. El Cardenal Fred giró con un sobresalto.

—El Señor—, balbuceó el Cardenal Fred, sintiéndose tan rojo como parecía, —Aprecia la adoración en todas sus formas.

La pelirroja a la izquierda de Dimitri asintió con la cabeza y sostuvo la carta. —Este hombre fue enviado con un mensaje para usted, Su Excelencia.

—Muy bien—, dijo el Cardenal Fred, bajando del púlpito. Se quitó el tocado. —¿Alguien quiere manzana?

Dimitri tomó la manzana y esperó mientras el Cardenal Fred leía la nota. —¡El Presidente Tito está muerto! Va a haber un infierno que pagar en Yugoslavia. Estoy invitado a un... — Su voz se calló, y leyó el resto de la nota en silencio. —Discúlpenme un momento—, dijo el Cardenal, excusándose. Volvió más tarde con otra nota. —Llévate esto a Croacia.

—Sí, Su Excelencia.

El Cardenal Bill vio a Dmitri Dmitrivich salir con sus acompañantes militantes, cada uno de los cuales dejó algo en la caja de donaciones al salir.

El Cardenal Bill estaba encantado de descubrir la donación de varios paquetes de gelatina de lima Jell-O.

Capítulo 5

—Sonríe—, dijo Betty Rosetti, sonriendo. Todo el mundo sonrió. Entonces todos fueron inmediatamente cegados por la explosión de la lámpara de Betty. —Oh, este va a salir bien—, dijo.

—¿Quieres parar con los flashes? —Bob se quejó, frotándose los ojos. —¿Cómo se supone que voy a ver el juego con puntos morados delante de mis ojos?

—Mis puntos son verdes—, dijo Dorotea.

—Mis puntos son una revelación—, dijo Carl.

—¿Qué clase de revelación, querida? — preguntó Betty.

—No estoy muy seguro. Tendré que meditarlo hasta que se me revele el significado.

Bob cogió a Carl por el hombro. —Oye, pensé que ibas a ver el partido conmigo.

—¿Y qué juego sería ese?

—Los Padres y los Cardenales.

—Este debe ser un juego emocionante—, exclamó Carl.

—Por supuesto que debería ser un juego emocionante. Son los Padres y los Cardenales—. Bob le dio un puñetazo a Carl en el brazo y se rió.

—¿Qué arquidiócesis patrocina a qué equipo?

—No están patrocinados por la Iglesia, imbécil. Son equipos atléticos profesionales. No tienes un montón de clérigos ahí fuera, tienes atletas.

—Por supuesto—, dijo Carl, dándole a Bob un puñetazo amistoso en la mandíbula. Carl se rió. Bob se frotó la mandíbula. —¿Por qué fue eso?

—¿Eso está mal?

—Por supuesto que está mal. No golpeas a tu padre.

—Pero me golpeaste.

—Ese fue un golpe amistoso en el brazo.

—Ese fue un puñetazo amistoso en la cara.

—Hay una diferencia.

—Oh—. Carl miró la tele. —¿Qué pasaría si la Iglesia hubiera organizado el atletismo? El Vaticano podría tener a alguien que los represente en las Olimpiadas. ¿Un equipo internacional?

—Hay algo por lo que luchar—, dijo Bob.

—Sólo si no les importa perder—, dijo Donald, entrando por la puerta.

—Oye, Donald—, sonrió Bob. —¿Cómo va el negocio de las flores? ¿Mantienes contentos a mis clientes?

—Mejor que nunca—, gimió Donald. Sus muecas eran sonrisas y sus sonrisas eran bobas. El problema no era fisiológico, simplemente nunca aprendió bien sus expresiones faciales. Sonreír no era una acción natural para Donald, era algo que él trataba de hacer para parecer normal a otras personas, lo cual no era natural en absoluto.

—Me alegra oírlo—, Bob puso su brazo alrededor del hombro de Donald. —¿Por qué no te sientas a ver el partido conmigo y Carl?

—Le pedí que no se refiriera a mí por mi nombre de nacimiento—, dijo Carl. —Usa el nombre con el que me coronaron.

Bob miró con ira a Carl pero, recordando las recomendaciones del médico; revisó su sugerencia. —Lo siento. Donald, ¿por qué no ves el partido conmigo y Juan Pablo?

—El Segundo.

—Lo siento. Donald, ¿por qué no ves el partido conmigo y con Juan Pablo II?

—En realidad, esperaba hablar con Dottie. Miró a su alrededor, esperanzado.

—Creo que se fue a la cocina con su madre. ¡Dorotea! — Bob gritó: —Adivina quién vino a verte.

—¿El Pavorosón del planeta Sórdido? — Dorotea le gritó: —¡Escuché su voz! ¡Dile que no quiero hablar con él!

—Ella no se siente bien ahora mismo, Donny-boy—, dijo Bob, disculpándose.

—Dile que es importante—, dijo Donald con una sincera mueca de dolor.

—¡Dice que es importante! — Bob volvió a gritar a la cocina.

La voz de Dorotea le respondió: —¡Dile que lo escriba en su testamento!

—Problemas femeninos—, explicó Bob.

—Todas las mujeres son problemas—, Donald guiñó el ojo conspirativamente con una mueca de dolor.

—¿Qué tal si nos sentamos y vemos el partido? — Bob sugirió. —Ella tiene que salir de la cocina alguna vez.

—Busca la absolución—, dijo Carl.

—¿Qué?

—Busca la absolución. Confiesa y empieza de cero.

Donald se volvió hacia Bob. —Pregúntale si hablará conmigo si veo a un sacerdote.

Bob giró la cabeza en la dirección general de la cocina. —¡Quiere saber si hablarás con él si ve a un sacerdote!

Dorotea se asomó de la cocina para mirarlos incrédula. —¿Qué?

—Quiere saber...— Bob empezó.

—Si voy a confesarme, ¿me dejarás hablar contigo? — terminó Donald.

Dorotea pensó por un momento, y un parpadeo de diversión iluminó su cara. —Sí—, dijo ella, —Te escucharé si confiesas. Pero—, añadió, —un sacerdote no es el que absuelve tus pecados. Debes ir a la cabeza de la iglesia. Debes confesar—, ella señaló a Carl, —al Papa mismo.

La preocupación se extendió por la cara de Donald. —Pero—, empezó a protestar.

—Si quieres hablar conmigo, tienes que hacer esto—. Estaba claramente divertida.

Donald se volvió hacia Carl. —Carl—, comenzó, y al ver la expresión de amonestación en la cara de Carl modificó su petición, —Juan Pablo, Su Excelencia, ¿escuchará las confesiones de un pobre pecador?

—No lo sé—, dijo Carl, pomposamente, —Normalmente no escucho confesiones de nadie de rango inferior al de arzobispo.

—¿Por favor, Excelencia? — Donald se sintió obligado a arrodillarse en una rodilla y besar el anillo de Carl, lo cual hizo. Se dio cuenta de que el anillo de Carl decía "C.U.N.Y.'67".

—Necesitaremos una cabina de confesión—, dijo Carl. —Dorotea, ¿podrías poner dos sillas en la cabina? — preguntó.

—Claro—, dijo ella, desapareciendo de nuevo en la cocina. Intentó desesperadamente reprimir su risa, que era claramente audible en toda la casa. Sin embargo, logró colocar dos sillas plegables en el armario delantero.

—Después de usted, Su Excelencia—, dijo Donald.

—Me pregunto—, se preguntaba Dorotea mientras colaba la pasta, —¿qué le está diciendo Donald a Carl?

—Eso no es asunto tuyo—, regañó Betty.

—Madre, por supuesto que es asunto mío. Donald es mi ex marido y Carl es mi hermano. Carl me lo dirá cuando salga.

—Carl no te lo dirá. La santidad de la confesión está garantizada—. Betty removió la salsa de tomate.

—Pero Carl no es un sacerdote. Ni siquiera es católico.

—Él es el Papa. No puedes ser más católico que eso.

Capítulo 6

Dorotea detuvo su nueva composición, "Oda a un Observador de Bola de Nuez", para abrir la puerta. El grueso que bloqueaba la luz del sol llevaba un traje negro y gafas de sol. —Buenas tardes, señora.

—Buenas tardes—, contestó ella, entrecerrándole los ojos.

—Entiendo que un Papa Juan Pablo II reside aquí...

—No es exactamente cierto. Carl Rosetti vive aquí.

—¿Quién está ahí, Dorotea? — Carl llamó desde un rincón de la habitación.

—Oh, nadie—, volvió a llamar, y luego se giró para dirigirse al gigante de la puerta. —¿Quién eres?

—Fuimos informados por el Sr. Donald Harris que un tal Carl Rosetti, también conocido como el Papa Juan Pablo II, estaba en esta dirección.

—¿Eres de la CIA? No puedes deportarlo, lo sabes. No es realmente polaco, sólo piensa que lo es. Le golpearon en la cabeza con una pelota de béisbol.

—Estamos al tanto de la situación, Sra. Harris—. El protector solar se volvió hacia abajo. Asintió a la limusina negra estacionada en el callejón, y el conductor abrió la puerta trasera, permitiendo que dos mastodontes más con trajes y sombras negras precedieran a un pequeño caballero hispano con un sombrero de paja que salía del auto. Era John García.

—¿Qué quieres con mi hermano?

—Por favor, señora, ¿podemos entrar? — preguntó el primer gigante, abriéndose paso. Uno más le siguió, y también lo hizo John García. El guardaespaldas que quedaba estaba fuera de la puerta que daba al callejón, y el conductor se quedó en la limusina.

Dorotea miró a los guardaespaldas, luego a John García. —Juan Pablo, tienes compañía—, anunció.

Carl llevaba con su corona papal sus mejores sábanas, que tenían un bonito diseño floral. —Tráelos, Dorotea.

—Están dentro.

Carl se adelantó, extendiendo su mano. John García se quitó el sombrero, se arrodilló y besó el anillo de su clase. —Levántate, hijo mío. ¿Por qué has buscado audiencia conmigo?

García se tiró del cuello nervioso. —No entiendo que escuches confesiones.

—Siempre ha sido uno de mis deberes. Viene con el juramento del sacerdocio—, asintió solemnemente Carl.

—¿Y repartes barras de chocolate?

—Chupetines. Sólo después de que se cumpla la penitencia.

—¿Chupetines? — preguntó Dorotea.

—Bueno, le di una barra de caramelo a Donald después de su penitencia.

—¿Una barra de dulce de azúcar?

—Era todo lo que teníamos.

Dorotea agitó la cabeza exasperada y trató de pasarse a los guardaespaldas de García. Después de tres intentos fallidos de salir del apartamento, se volvió hacia John García. —¿Te importa? Creo que quiero ir de compras.

García asintió a sus secuaces. —Déjala ir.

—Gracias—, dijo Dorotea, empujando a los hombres que cedían.

García se volvió hacia Carl. —¿Por dónde empezamos?

Carl se volvió con gracia, con un florecimiento sin sentido. —La confesión es un asunto privado, entre un hombre y Dios.

—Sí, lo sé.

—Es una cosa sagrada, un secreto guardado entre un hombre, su clérigo y Dios.

—Bien, todo listo. ¿Cuánto quieres?

Carl asintió a los guardaespaldas. —Deshazte de los matones.

El primer titán se acercó a Carl amenazadoramente, pero García lo ahuyentó. —Ya lo oyeron, muchachos. Es una cosa privada.

Los dos guardaespaldas se unieron al otro en el balcón, que gimió por su peso combinado.

—Puedes empezar—, Carl se sentó en su trono plegable. García se encogió de hombros y se arrodilló ante él.

—Perdonadme, Excelencia, porque he pecado. Han pasado dieciocho años desde mi última confesión.

—Dieciocho años es mucho tiempo—, reconoció Carl.

—Sí, lo es—, continuó García, —He cometido pecados horribles.

—No recuerdo dónde estaba hace dieciocho años—, asintió Carl.

—Lo recuerdo todo muy claramente.

—¿Quién era el Papa, hace dieciocho años?

—Papa Pablo, creo.

—Sí, ¿qué Pablo?

—No lo sé. El Sexto o el Séptimo o algo así. ¿Esto es una confesión o un examen de historia?

—Muchas son las pruebas del Señor.

John García, picado, asintió. —De todos modos, dejé embarazadas a unas cuantas chicas, me cargué a unos tipos y robé algunas cosas.

—No robaste ningún bases, ¿verdad?

—¿Bases? ¿Qué importa eso?

—Al Señor no le gusta cuando robas bases. Lo recuerdo de alguna parte.

—Oh, bases. No. Nada de eso. Unos cuantos autos, envíos por computadora, Rolex falsos y cosas así. Sin bases.

—Bien. No sabría qué dar por penitencia si robaras bases.

—Bueno, no tienes que preocuparte por eso.

—Bien. ¿Qué más has hecho, hijo mío?

—Oh, ya sabes. Puse mis manos en casi todo. Lo que sea, lo he hecho.

—Ya veo.

La confesión duró una hora y media, en la cual Dorotea regresó de su excursión de compras y esperó afuera con el chofer de la limusina, quien se llamaba Bert y realmente quería llevarla a un ballet interpretativo. Ella decidió que él realmente no era su tipo, a pesar de que se parecía un poco a un joven y rubio Paul Newman con una ligera sobremordida. No le gustaba que trabajara para John García.

Cuando John García finalmente salió, estaba mordiendo una mazorca de maíz. Todos los guardaespaldas lo miraron interrogativamente, al igual que Bert y Dorotea. García se enojó con ellos. —Era todo lo que tenía, ¿vale?

Capítulo 7

Dorotea Rosetti-Harris apagó el televisor con firmeza. Se negó a ver más telenovelas sin sentido. ¡Eran tan predecibles! (Excepto por ese chico tan guapo los jueves por la noche en la NBC, pero era una excepción a la regla. Trataba a sus mujeres con respeto, y sólo la seductora más malvada podía apartarlo de la mujer que amaba. Dorotea deseaba que no pasara todas las semanas.) Ella suspiró. ¿Por qué la vida no era un poco como los jabones? ¿O como cuentos de hadas? O tal vez la vida era demasiado parecida a las telenovelas y no lo suficiente como los cuentos de hadas. En un cuento de hadas siempre hubo un final feliz para la heroína de buen corazón, y un final miserable para la villanía. Los jabones siempre fueron viceversa. La vida nunca fue tan corta y seca. Siempre había incertidumbre, siempre había decepciones. A veces funcionaba de una manera, a veces funcionaba de otra. Nunca funcionó como lo hizo para ella. Aquí estaba ella, una atractiva (así lo creía) mujer joven, cuidando de su loco hermano mayor. Nunca lo vio en los culebrones o en los cuentos de hadas. ¿Sería interesante para alguien? Ella lo dudaba.

Escuchó a Carl cantando en el dormitorio. Sonaba como un canto gregoriano, en su profundo barítono. Ella escuchó a través de la puerta, tratando de captar las palabras. No sabía latín, así que debe estar cantando algo. —Oye, bateador, bateador, bateador. Necesitamos un lanzador, no un que pica el vientre. Batea, batea, batea, batea, batea, batea, batea, batea, batea, batea, batea.

Dorotea suspiró y golpeó ligeramente la puerta antes de abrirla y mirar hacia adentro. —Discúlpeme, su eminencia—, dijo ella, —¿Pero no es, de cierto después de la hora de acostarse, joven pontífice?

—Sólo estaba rezando, Dorotea—. Carl estaba en pijama con una sábana imperiosamente sobre los hombros.

—Lo sé. Lo he oído.

La miró con su versión de ojos de cachorro. Parecía más un gato aturdido que un cachorro triste, pero era patético.

—Le diré algo, Su Santidad—, dijo ella, —Si se mete en la cama ahora mismo, le leeré un cuento antes de dormir.

—Me gustaría mucho—, dijo, saltando a la cama con la energía de un niño de diez años.

—Veamos, ¿qué debo leer? — Miró la estantería, leyendo los títulos. Cumbres Borrascosas, Las Reglas Oficiales del Béisbol Profesional, La Decadencia y Caída del Imperio Romano, El

Corazón de la Oscuridad, Las Uvas de la Ira, y otros. Parecía que no había nada en su estantería que no fuera un completo deprimente.

—¿Qué tal la princesa y el guisante? — preguntó, recogiendo El corazón de las tinieblas.

—Eso es tan triste. ¿Tenía un problema de enuresis?

—Uh, sí. Vale, ¿qué hay de la Sirenita?

—Eso suena bien.

—De acuerdo. Acuéstate bien quieto—. Dejó que Carl se acurrucara en sus sábanas por un momento mientras intentaba recordar cómo fue la historia. —Érase una vez... —, comenzó.

—¿Cuándo?

—Hace mucho tiempo, en un reino mágico bajo el mar, vivía un poderoso rey de mar que tenía siete hijas.

—¿Qué es un rey de mar?

—Es un rey que es mitad pez.

—¿Qué clase de peces?

—Delfín.

—Un delfín es un mamífero.

—Era mitad trucha entonces.

—La trucha es de agua dulce. Nunca podría vivir en el mar.

Dorotea suspiró. —No lo sé, entonces.

—¿Atún?

—Sí. Era mitad atún, y también sus hijas. De todos modos, la hija menor salió a la superficie un día y vio a un apuesto joven en un gran velero. Se enamoró al instante.

—¿Pero cómo pudo enamorarse sólo de verlo?

—Acaba de hacerlo, ¿de acuerdo? Mira, Carl, Su Eminencia, si quieres que siga leyendo, vas a tener que callarte y escuchar. ¿De acuerdo?

—Me portaré bien, Dorotea.

—Así está mejor. De todos modos, fue a ver a alguien para que le crezcan piernas.

—¿A quién vio?

—El mal, don de mar—, gimió Dorotea. —Dirigió toda la acción en el fondo del mar. De todos modos, le dijo que podía darle unas rótulas como un favor. Y entonces ella le debía un favor.

—¿Qué favor?

—Ya sabes cómo son. Todo lo que me pida. Así que dijo que sí. Y luego le crecieron piernas y se fue a tierra y se casó con el príncipe guapo que vio en el barco.

—¿Y el lobo de mar le pidió alguna vez un favor?

—Sí. Sí, lo hizo. Envió a matones contratados para cobrarle dinero para el silencio.

—¿Dinero para callar por qué?

—Bueno, dinero para que no le dijeran a su marido que ella era realmente un atún.

—¿Y qué hizo ella?

—Mira, ¿te vas a callar?

—Sí, Dorotea. Me quedaré callado.

—Así que empezó a pagar el dinero del silencio para que los matones no le dijeran a su marido, que se había convertido en rey para entonces, que ella era realmente un pez. Y todo salió bien durante un año, hasta que su marido sospechó adónde iba a parar todo el dinero. Así que contrató a un investigador privado para que la siguiera y le sacara fotos y todo eso y descubriera cómo estaba gastando tanto dinero. La seguían a todas partes, a todos los centros comerciales y grandes almacenes, pero el dinero extra nunca apareció en sus tarjetas de crédito. Hasta que finalmente, los matones aparecieron por su corte, y los investigadores privados vieron todo el intercambio.

—Bueno, puedes apostar que el rey estaba furioso. Era obvio para él que su esposa tenía un secreto terrible y que no le confiaba ese secreto. Pero, él no sabía que ella estaba callada porque lo

amaba tanto. A veces las chicas tienen que guardar secretos, como todo su pasado, para proteger al hombre que aman. Así que este idiota de mente estrecha de un rey pidió el divorcio. Tenía el corazón roto y estaba enfadada. Con el corazón roto porque ella lo amaba y lo estaba perdiendo, y enojada porque él no confiaba en su juicio.

—Así que el divorcio se llevó a cabo, pero no antes de que ella se las arreglara para agotar todas sus tarjetas de crédito y llevarlo a la tintorería con una pensión alimenticia. Y luego empezó a asociarse públicamente con chicas, como lo había estado haciendo todo el tiempo, pero esta vez fue más humillante. Esto fue como deshonrarla públicamente. Y no importaba lo que hiciera, no podía vengarse de ese tacaño hijo de puta.

Ella trató de pensar en una manera de clavar a ese bastardo a la pared, pero su concentración fue interrumpida por el suave ronquido de Carl.

—Derme bien, hermano mío—, susurró ella. —Mañana es otra historia.

Capítulo 8

La reunión fue clandestina, en una modesta taberna en la parte sur de lo que solía ser Yugoslavia, antes de que un grupo de militantes feministas no reconocidas iniciara una gran revuelta, que finalmente derribó el gobierno. La Taberna llamada 'Cola de Puerca' era un cantina tradicional con entretenimiento en vivo. La noche de la reunión, el evento fue un concurso de ordeño de cabras.

—Las niñas no tienen nada que ver—, comentó el Cardenal Fred.

—No—, contestó el Cardenal Bill. —Pero mira las ubres de esa belleza negra.

—Eso no es nada—, dijo el Obispo José de Texas. —En casa tenemos cabras con seis tetas que pueden producir un galón de leche cada dos horas.

Los cardenales se miraron incrédulos. —Tal vez sea así—, dijo el Cardenal Fred, —pero de donde yo vengo nuestras vacas son nuestro orgullo. Un vecino del pueblo me trajo una vaca y podía producir un galón de leche cada media hora.

—Eso no es nada—, dijo el Obispo José.

—Mientras tocaba una polca en una concertina.

—Caray, eso todavía no es nada.

—Y zuecos bailando sobre huevos de gallina sin romper un uno.

—Eso sí que es algo.

Era el turno del Cardenal Bill. —De donde yo vengo, nos enorgullecemos de nuestros cerdos.

—¿Ah, sí? — El Obispo José se mofó: —Tenemos los cerdos más grandes en todas partes. ¿Qué tienen de especial tus cerdos?

—Son conocidos como los mejores amantes del mundo.

El Obispo José y el Cardenal Fred se miraron el uno al otro con las cejas levantadas, y luego dirigieron sus atenciones a la competencia de ordeño de cabras.

Finalmente, después de un período de tiempo suficiente para que pudieran olvidar la conversación anterior, el Cardenal Bill habló. —Vinimos aquí para discutir la reforma dentro de la iglesia, no con animales de granja.

—De acuerdo—, dijo el Cardenal Fred. —Primero tenemos que discutir qué cambios hay que hacer, y luego cómo hacer esos cambios.

—Bueno, no me gusta mucho esto del celibato. No es natural.

—Pero Cristo era célibe—, objetó el Cardenal Bill.

—¿Cómo sabemos eso? — Ambos cardenales miraron directamente al delegado de Texas. — Quiero decir, está en las escrituras que Él se relacionó con prostitutas conocidas. Y hay algunas cosas que estoy seguro que no discutió realmente con sus discípulos. Era un caballero, y los caballeros no van por ahí alardeando de sus hazañas, ¿verdad?

El Cardenal Bill abordó el tema. —Es bien sabido cuál era la posición de Cristo sobre la fornicación y el adulterio. —

—Bueno, dispara. Nunca tuve la oportunidad de traducir el texto original. ¿Pero no hay alguna confusión en cuanto a si Él dijo fornicación o promiscuidad? Quiero decir, Él podría haber dicho, "No serás promiscuo," y eso hubiera significado ser cauteloso. Como: "Te pondrás un condón". Es lo mismo que la ley de la carne de cerdo, ¿no? No sabían cocinar muy bien el cerdo e hizo que la gente se enfermara. Pero ahora podemos comerlo porque tenemos microondas, ¿no? Bueno, es lo mismo, porque ahora tenemos gomas lubricadas en colores pastel, penicilina y todo eso. Eso era algo que no tenían, así que tenían que tener cuidado.

—Personalmente disfruto el celibato—, dijo el Cardenal Bill. —No tengo que cepillarme los dientes tan a menudo. Y no tengo que pasar por rituales agonizantes de citas, el tipo de rituales que oigo en la confesión todo el tiempo. Siempre pasa esto: Un joven entra en el confesionario. Perdóname, tu Whopperness,' dice. Me llaman así por mi preferencia por la comida rápida. Sí, hijo mío', diría yo. Han pasado dos semanas desde mi última confesión", decía el joven. ¿Por qué esperas tanto, Iván? Pregunto. Sabes que no puedes mantenerte alejado de los problemas tanto tiempo. "Eres tan irresponsable como tu padre". Y este joven decía: 'Estaba borracho la semana pasada y no pude entrar'. Y entonces diría: "Entonces es bueno que no hayas entrado, porque me niego a escuchar las confesiones de un borracho a menos que yo también esté borracho". Que es los jueves por la noche. Sé que los viernes son la noche tradicional para beber, pero tengo problemas para beber mucho vino con pescado. Pero esa es otra historia. "Tu Whopperness", decía el joven, "Le propuse matrimonio a Olga". Y yo lo felicitaría. Pero -decía-, entonces ella me gritó desde el balcón y me dijo que no quería volver a verme". Ella era una perra", le diría para consolarlo. Y entonces ella saltó,' decía él. Ella no te merecía -le diría-. Quiero decir, aquí está esta joven mujer que este joven obviamente ama lo suficiente como para bendecirla a ella y a sus tres hermanas con un hijo, y ella tiene que jugar con su mente cometiendo suicidio. No creo que pueda pasar por ese tipo de agonía. Y los hebreos aún no tocan el cerdo.

—Pero los rabinos judíos tampoco son célibes—. El Cardenal Fred se frotó la barbilla pensativamente. —Me gusta el concepto del Obispo José, pero no creo que podamos obtener un voto mayoritario sobre ese tema en este momento. Hay un gran movimiento en las Américas para permitir que los hombres casados entren al sacerdocio. Creo que deberíamos intentarlo.

—Bueno, siempre y cuando no lo hagamos un prerrequisito—, el Cardenal Bill se encogió de hombros desagradablemente.

—Algunos de mis compañeros me pidieron que les hablara sobre el movimiento de los sacerdotes mujeres—, el Obispo José le sonrió al Cardenal Bill.

—Nunca. Ni en un millón de años. ¡De ninguna manera!

—Sabe—, dijo el Cardenal Bill, recogiendo un poco de pulpa de sandía de su oreja, —Muchos países progresistas han tenido líderes mujeres, y han funcionado bien. Indira Ghandi, Golda Meir, Corazón Aquino, Margaret Thatcher. ¿Por qué no tener una mujer sacerdotisa? Haría más cálidas esas convenciones teológicas solitarias, especialmente si levantamos la regla del celibato.

—¡Absolutamente no! ¿Por qué no hacer sacerdote a un cerdo, ya que estamos?

—A mí me parece—, se rió el Obispo José, —que todos estamos listos.

Otra vez, ambos cardenales le miraron con ira. —En los Estados Unidos, a un hombre que cree que las mujeres son ciudadanas de segunda clase se le llama cerdo chovinista. Sólo un nombre, nada más. Volveremos a eso más tarde, ¿de acuerdo?

El Cardenal Bill asintió. —Hay mucho más que debatir sobre este tema. Control de natalidad entre los feligreses.

—¡Me estoy agobiando! — exclamó Mons. José. —¿Cómo puede un hombre comunicarse con una mujer a través de una pared de látex? No es natural.

—Y Cristo nunca usó anticonceptivos.

—Por lo que sabemos, Cristo nunca lo necesitó. Y no tenían un control de natalidad adecuado en ese entonces de todos modos.

—La abstinencia sigue siendo la mejor y siempre será la mejor forma de control de la natalidad —, dijo el Cardenal Fred. —¿Cuál es el siguiente punto en la agenda?

—Divorcio.

El Cardenal Bill se dirigió al Obispo José.

El Obispo José se encogió de hombros. —No creo que sea correcto excomulgar a una persona divorciada. He aconsejado a muchas divorciadas y las he excomulgado. Hablo de mujeres cálidas, apasionadas, tristes y solitarias. Pero nunca me sentí bien con eso. Quiero decir que yo aconsejaría a una esposa joven durante semanas, a veces meses, día tras día, tratando de hacerla ver la equivocación de sus caminos. La llevaba a mi retiro privado en Palm Springs para que pudiera relajarse en la santidad de las tinas calientes de la Iglesia, y sentir los cálidos rayos del maravilloso sol del Señor en su carne desnuda. Pero entonces su marido se divorciaría de ella de todos modos. Lo que quiero decir es que tengo conocimiento de primera mano de que estas mujeres eran muy buenas mujeres, mujeres católicas devotas, y sus maridos se divorciaron de todas formas. Si el marido inicia el divorcio, ¿por qué debería pagar la esposa?

—Pero el divorcio está prohibido por la ley de Dios.

El Obispo José se encogió de hombros. —He pasado por las Escrituras hacia atrás y hacia adelante y no veo donde el divorcio es pecado capital. Quizá en los viejos tiempos, pero finjamos por un momento que somos una iglesia progresista en un mundo progresista.

El Cardenal Bill abofeteó al Obispo José en la espalda. —Tú, amigo mío, obviamente no eres jesuita.

El cardenal Fred gruñó: —Toda esta charla es sólo eso. Habla. ¿Qué clase de acción podemos tomar si el Vaticano está cosido a viejos conformistas?

El Obispo José miró sospechosamente alrededor de la taberna, luego se inclinó hacia adelante y dijo en voz baja: —Creo que conozco un camino.

Capítulo 9

Dorotea hizo una pausa fuera del restaurante y respiró hondo. No se sentía bien sobre lo que iba a hacer, pero una promesa era una promesa.

Se retorció el pelo y se acercó al maitre. —Grupo de Donald Harris.

—Oui, mademoiselle.

El maitre la llevó a la esquina de la ventana, rodeada de palmeras de plástico y una hermosa vista de un terreno baldío que era adorado por los narcotraficantes. Sentado en la mesa, entre las palmas de las manos, se sentaba Donald, resplandeciente con un esmoquin negro, haciendo un gesto de dolor sobre el mantel de cuadros rojos y blancos. Él se puso de pie cuando ella se acercó y el maitre sacó la silla para ella.

—Donald—, se quejó ella, —No dijiste nada sobre el atuendo formal. Mírame. Soy un desastre.

—¿Parezco preocupado?

Se torció el pelo un poco más apretado. —No. Te ves genial.

—¿Qué es lo que quieres? Tienen grandes calamares aquí.

—Suenan bien.

Donald chasqueó los dedos en el aire. —¡Oye! ¡Camarero! Un plato de calamares y dos cervezas! — Le hizo una mueca de dolor a Dorotea. —Así que, cariño. ¿Qué pasó?

—¿Qué quieres decir con "qué pasó"? Tú eres el que quería hablar, así que aquí estamos. Tú hablas, yo escucho.

Donald se rascó la nariz. —No sé qué decir. Quería decir, ¿qué pasó? Ahora lo he dicho, y no me estás contando lo que ha pasado.

—¿Qué quieres decir con "qué pasó"? ¿Cuándo? ¿Dónde?

Donald se rascó la ceja. —Quiero decir, con nosotros. Tú y yo. Un minuto estamos felizmente casados y al siguiente te vas y no me dices ni dos palabras sobre por qué.

Dorotea cogió la cerveza del camarero. —¿No lo sabes? ¿De verdad que no? Es por tus amigos gánsters. Te dije que no volvieras a ver a John García, pero lo invitas a ver béisbol. Y Carl me contó cómo le pediste que influyera en el resultado del juego de los Dodgers. No creo que decapitar a su mascota favorita fuera algo agradable.

—Era un pez dorado, por el amor de Dios.

—Seguía siendo su mascota favorita. Ese pez significaba mucho para Carl.

—Bueno, tal vez me equivoqué sobre el pescado.

—¿Lo retiro, monsieur? — preguntó el camarero.

—Éso no. Déjalo aquí.

—Oui, monsieur—. El camarero dejó el plato de calamares en el centro de la mesa y se inclinó bruscamente antes de partir.

—Y no me gusta la forma en que estafaste a mi padre para que no se ganara la vida.

—¿Yo estafé a tu padre? Cariño, Bob me vendió la floristería para poder retirarse.

—¿Y qué hizo para convencerlo de que se retirara? le cortó la cabeza a su rosa favorita?

—¿Qué he hecho? Mira, muñeca, tu viejo se me acercó y me dijo: 'Don,' me dijo: 'Quiero que seas un buen chico y cuides de mi hija. Tú te haces cargo de mi negocio y yo me retiraré', dijo. Así que le dije: "Bob, no puedes decirlo en serio". Y él dice: 'Donny, tengo setenta años y no creo que Carl lo quiera, así que creo que tú deberías tenerlo', dice. Así que le dije: "Claro, ¿por qué no? Me dará una forma buena y honesta de cuidar de mi bella Dotty". Y yo lo acepté. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Dejar que tu viejo trabaje como un esclavo hasta el día de su muerte? Además, pagué mucho dinero por el antro.

—Se lo habría vendido a otra persona si no lo hubieras comprado, y es una fachada perfecta para tus actividades de la mafia, y no vuelvas a llamarme Dotty.

Dorotea se levantó. Escuchó el ritmo de la versión en ascensor de "Muskrat Love", que estaba sonando actualmente en el restaurante. Luego empezó a bailar su versión de "Oda a un Sapo Sanguijuela Chupa-Escoria".

—Dottie, ¿quieres dejar eso? La gente está empezando a mirar—. Donald se volvió hacia un caballero mayor que estaba viendo su actuación con atención absorta. —¿Qué estás mirando, Gordo? ¿Nunca has visto a nadie tener un ataque epiléptico antes?

El caballero mayor volvió a prestar atención a su plato y no volvió a mirar hacia arriba.

—¿Hay algún problema, monsieur? — preguntó el maitre.

—Sí, cree que el calamar no era bueno y se intoxicó con la comida.

—Ya veo. ¿Podrías pedirle a tu cita que la lleve a bailar a la acera, y nosotros haremos los calamares?

—No lo sé. Su hermano es abogado y le gustan mucho los casos de responsabilidad civil.

—OOOOOH! — Dorotea gritó, agitando sus puños a los costados, —Ooooooh, ¡tú!

—¿Compensar la cerveza también?

—Oui.

—Ciao, chico—, dijo Donald, saliendo. Se detuvo frente a la puerta y la vio subirse a un taxi. Levantó un plátano. —¿Esto significa que no habrá masaje esta noche? — Se dio cuenta por el gesto de su mano de que así era.

Capítulo 10

Hughes se sentó a la mesa y vio entrar a la chica. Ella había estado llorando, notó, por las rayas negras y azules de rímel que corrían por sus mejillas. Aparte de su dudoso maquillaje, era bastante guapa. Tenía el pelo rizado y oscuro, casi negro, como las plumas de una gaviota en el East River. Sus labios eran grandes y pucheros. Sus ojos estaban inyectados de sangre, pero bonitos y oscuros en el centro de esos orbes rojos. Sus caderas eran amplias pero firmes, como las de una bailarina que disfrutaba comiendo. Y sus tetas se elevaban sobre su pecho. Muy firme. Le gustaba eso en una mujer.

Se sentó en el bar y pidió un doble algo claro. Hughes adivinó vodka. Por el escalofrío que hizo cuando se tragó el primer trago, él estaba seguro de que era vodka. El ron hizo un escalofrío diferente. El tequila hizo una ligera convulsión con una mueca que no sale hasta dentro de diez minutos. Ya nadie bebe ginebra sola. que se apagó con la prohibición. Así que tuvo que ser una bebedora de vodka que fue abandonada y recibió consejos de maquillaje de Tammy Faye Bakker. Hughes se acercó a ella y se sentó.

—Añade un poco de vermut y una aceituna a eso y no tomarás ni la mitad de un mal trago.

—Gracias—, resopló. Se volvió hacia el camarero. —Inténtalo a tu manera. Con el vermut y la aceituna.

—Eso es nuevo para mí—, dijo el camarero, dándole un martini con vodka.

—A mi cuenta—, le dijo Hughes, y el camarero asintió.

Dio un sorbo y puso una mueca de dolor. —Tienes razón. Es mejor.

—Más nutritivo, también. Hay veces que podría haber muerto de hambre si no fuera por esa aceituna.

Empujó hacia adelante su vaso de martini vacío sobre la barra. —Otro—, dijo ella. —A su cuenta.

El camarero miró interrogativamente a Hughes. Hughes asintió con la cabeza, y el camarero sirvió otro.

—Estás tratando de emborracharte—, observó Hughes.

—Y entiendo que esta es la manera de hacerlo.

—Esa no es una política saludable en este vecindario.

—Lo sé, pero no hay un club de campo cerca.

—¿Quieres hablar de ello?

—En realidad no. ¿Quién eres tú, de todos modos? Sigmund Freud?

—¿Qué te parece?

Se encogió de hombros. —Creo que sólo eres un imbécil tratando de ligar conmigo.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

—Emborráchame y estaré bien con ello.

—¿Qué sientes por tus padres?

—Mira, me disculpo por el chiste de Freud. Tranquilízate, ¿quieres?

—¿Aplaudir? Creo que la medicina está empezando a funcionar.

Agarró una servilleta de la cantina y se sonó la nariz. Luego se volvió hacia el hombre con el que estaba hablando. Era guapo. Alto. Oscuro. —¿Eres gay? — preguntó.

—No lo sé—, dijo, —nunca antes me había considerado gay, pero tal vez hay algunas tendencias latentes subconscientes que desconozco. Una mirada a ti y estoy bastante seguro de que no lo soy.

—Dorotea—, dijo ella, extendiendo su mano.

—Estoy encantado—, dijo Hughes, besando su mano.

—Sr. Encantado, ¿tienes nombre de pila?

Sonrió. —Sí, pero nunca lo uso. Me llaman Hughes.

—Tal vez deberías empezar a usarlo. Hughes es un nombre horrible. ¿Cuál es tu nombre de pila?

Le agitó el dedo índice. —Eso es bastante personal. Tengo que conocerte mucho mejor antes de revelar esa información.

¿Cuánto mejor? —, preguntó.

—Si te casaras conmigo, te lo diría en nuestro décimo aniversario.

—¿Es una proposición, forastero?

—Depende, ¿dirías que sí?

—No.

—Entonces era una situación hipotética. Cuidado—, la miró fijamente, alarmado.

—¿Qué? —, preguntó, mirando a su alrededor.

—Estás empezando a sonreír. Eso podría llevar a la alegría. Y la alegría, he oído—, sonrió, — es contagiosa.

—Mientras no sea fatal—. Ella levantó su vaso vacío. —Por la bondad de los extraños.

—No tienes nada con qué brindar—, señaló Hughes.

—¿Por qué crees que brindo por la amabilidad de los extraños?

Hughes sonrió. Tenía una bonita sonrisa. Dientes perfectos. Era mucho más sexy que el conductor de John García. —Otra ronda para los dos—, le dijo al camarero.

Dorotea recogió el vaso. —Gracias. Por la bondad de los extraños.

Sacó su vaso y propuso otro brindis. —¿Qué tal, por la bondad del destino?

Ella agitó la cabeza, pensando en el fiasco en el restaurante con Donald. —No creo que el destino merezca un brindis.

—Bueno, creo que sí. ¿Qué tiene de terrible el destino?

Se encogió de hombros con indiferencia. —Acabo de tener una pelea con mi ex-marido.

—Y sin esa pelea, nunca habrías entrado en este bar y yo nunca habría tenido la oportunidad de conocerte.

Ella pensó en sus palabras por un momento, y luego se encontró con su vaso con un resonante "tintineo". —Lo compraré con eso—, dijo ella. Dio un sorbo, y luego miró su reloj. —Bueno, Sr. Hughes,...

—Sólo Hughes.

—Sólo Hughes. Tengo que irme ahora.

—Pero la noche es joven, como nosotros. ¿A dónde podrías estar huyendo?

—¿Tengo que ir a ver a mi hermano?

—Oh, ¿no se siente bien?

—No. Está muy enfermo. Estoy cuidando de él.

—¿A qué se dedica?

—Él es el Papa.

Hughes asintió. —Entiendo que es una buena profesión.

—Sólo cree que es el Papa. Se golpeó la cabeza con una pelota de béisbol.

—Eso lo hará siempre. Mira, Dorotea, ¿puedo volver a verte?

Dorotea empezó a peinarse de nuevo. —Caramba, Hughes, eres un buen tipo y todo eso, pero no sé...

—Le diré algo—, dijo Hughes, agarrando una servilleta y sacando un bolígrafo, —Aquí está mi número. Llámame si necesitas hablar de algo. O sobre nada en absoluto. O incluso si no quieres hablar. Llámame si quieres ir de compras. Lo que sea.

Dorotea devolvió el resto de su martini. —¿Puedo hacerte una pregunta personal, Hughes?

—No es mi nombre de pila, pero cualquier otra cosa está bien. Dispara.

—¿Crees que el masaje y los plátanos van juntos?

—Nunca he pensado en ello.

Dorotea tomó su servilleta. —Te llamaré—, sonrió.

Capítulo 11

—No puedo creerlo—, dijo Dorotea, entrando por la puerta.

—Yo tampoco—, Carl levantó la vista de la televisión, —¿Por qué el Padre Dowling está resolviendo misterios en vez de hacer la obra del Señor?

Dorotea sonrió. A veces Carl parecía tan inocente. Desde el accidente, claro. Carl solía ser su propio hombre, acostumbraba a ser fuerte y decisivo. Él usaba de tomar todas las decisiones, y si no podías vivir con ello, era duro. Solía jurar como un marinero y beber como un pez. Parecía tan infantil, tan dulce. —Tal vez resolver misterios es el trabajo del Señor. Trabaja de maneras misteriosas.

Carl asintió. —Me pregunto si podría hacer eso.

—¿Resolver misterios? Voy a romper el juego de la pista y podemos averiguarlo.

—¿Pero qué pasa si no soy bueno?

—Eres bueno en todo lo demás, así que si no puedes resolver misterios, no es una gran pérdida.

Deje que otras personas que no son buenas en todo lo demás las resuelvan—, dijo Dorotea desde el armario. Ella produjo la desgastada caja de pistas. —¡Ajá! —, dijo ella.

—Quizá deberíamos ir a esto por la mañana, cuando esté descansado—, se preocupó Carl. —Quiero decir, si juego esta noche y pierdo, entonces todavía no sabré si no soy bueno porque no estoy descansado. Además, hay una vieja película de Lorraine Scott en la próxima. Sabes cuánto me gusta Lorraine Scott.

Dorotea puso la caja en la mesa de café. —Está bien, entonces. Jugaremos mañana. ¿Quieres un poco de vino?

—¿Sacramental?

—Cabernet Sauvignon. Lo estaba guardando para una ocasión especial. Esta noche parece bastante especial.

Carl sonrió. —Supongo que tu cita con Donald fue bien. Eso es bueno. Espero que reconcilien sus diferencias muy pronto.

Los músculos de los labios de Dorotea se tensaron. —¿No me digas que también te gusta Donald? Antes no lo soportabas.

Carl se encogió de hombros. —No siento nada especial por él personalmente, pero la Iglesia desapueba el divorcio.

—Bueno, como cabeza de la Iglesia, ¿no podría cambiar las políticas?

Carl se rascó su paté calvo. —No lo sé, Dorotea. Teóricamente supongo que es posible, pero ¿cómo se juzgará mi mandato? Quiero decir, el noventa por ciento de la fe católica se basa sólo en la tradición, en lugar de cualquier adhesión justificable a las Escrituras puras. Uno de los votos matrimoniales es: "Hasta que la muerte nos separe". ¿Quién soy yo para cambiar eso?

—No eres tú quien cambiaría eso—, explicó Dorotea excitada, dándole un vaso. —La sociedad ya ha hecho esa parte por ti. Simplemente estarían reconociendo que la incompatibilidad es un error que cometen los humanos, o que el matrimonio no siempre es una promesa que se pueda cumplir. Usted estaría admitiendo que un error no es un pecado, e incluso si lo fuera, todavía puede ser perdonado. Los divorciados no necesitan ser excomulgados por sus errores—. Sorbió su vino como un camello sediento.

Carl tomó un sorbo. —Has sido excomulgado, ¿verdad?

Dorotea brillaba bastante. —Ni siquiera soy católico.

Carl asintió. —Eso es un pecado. Supongo que Donald no es la razón de tu exuberancia.

—No. Peleé con Donald. La pasé fatal. Y yo lo abandoné—, bostezó.

—Lo dejaste, ¿así que estás contento? — Carl asintió pensativo, tomando otro sorbo de su vino.

Dorotea se recostó en el sofá. —Uh-huh. Fui a un bar y conocí a un gran tipo.

Carl volvió a asentir pensativo. —Ya veo. Así que déjame ver si entiendo las cosas correctamente: Conociste a Donald, peleaste con Donald, y ahora conociste a otro hombre, convirtiendo todo tu matrimonio con Donald en un enlace sin sentido del pasado, el cual deseas olvidar por completo. Usted me pide que reconozca formalmente que el divorcio no es un pecado y que debe ser tolerado por la Iglesia. ¿Y a dónde crees que nos llevará esta tolerancia? A Sodoma y Gomorra, ahí es dónde. Muy pronto los buenos católicos se casarán y se divorciarán con ligereza, o ni siquiera se molestarán en tomar los votos. Tendrán una aventura sin sentido después de otra sin sentido, y el adulterio tendrá que ser eliminado de los Mandamientos. Ya nadie se casará con nadie. Lo siguiente que sabrás es que todo el mundo estará robando bases! — Carl miró hacia abajo desde donde estaba ahora, sobre el cuerpo de su hermana dormida. —Tendré que pensarlo.

Carl bajó los escalones hacia el callejón y comenzó a caminar por la calle. Se adentró en las vistas, sonidos y olores de la ciudad. Brooklyn, donde los hombres eran hombres la mayor parte del tiempo, e incluso algunas de las mujeres eran hombres. Donde los ladrones, prostitutas y traficantes de drogas tomaron plástico, siempre y cuando pudieran recibir un código de autorización. El aire se cernía sobre él, y podía escuchar la conspiración de las palomas planeando otra incursión en Manhattan. Podía saborear los olores de los gases de escape y el progreso industrial y la muerte y renacimiento de especies marinas desconocidas en el puerto de Nueva York. Podía ver la arquitectura de ladrillo de terracota que se asomaba junto a él como espectros de una época pasada. Podía ver los árboles marchitos plantados a lo largo de las aceras, pintura blanca arrastrándose por la mitad de sus troncos para protegerse de cualquier insecto que pudiera sobrevivir en la jungla de hormigón. Graffiti profanos decoraban los edificios, los árboles, las aceras, los botes de basura y los autos estacionados a lo largo de las aceras. Entre los montones de basura, los carroñeros urbanos cavaban en busca de lo que podían encontrar; las cucarachas, las ratas y los gatos. En las esquinas se reunían pequeños grupos de personas que realizaban sus actividades nocturnas.

Esto no era la Ciudad del Vaticano. Esto nunca podría ser la Ciudad del Vaticano. Esto era Brooklyn, Nueva York. ¿Por qué se sentía como en casa?

Una limusina negra se detuvo a su lado. Reconoció al hombre que estaba en el asiento trasero, hablando por la ventana. —Disculpe, Su Excelencia. ¿Necesitas que te lleve?

—Bendito seas, hijo mío—, dijo Carl, entrando en el asiento trasero.

—Llévanos a algún lugar donde podamos hablar—, le dijo García al conductor.

Capítulo 12

Bob se inclinó sobre la barbacoa y apiló cuidadosamente las briquetas de carbón en una pirámide limpia. Luego agarró el líquido del encendedor de carbón y roció las briquetas a fondo. Revisó sus bolsillos en busca de fósforos, y al no encontrar ninguno, deambuló por la cocina.

—¿Tenemos cerillas? —, preguntó.

Betty levantó la vista de las chuletas de cerdo que estaba tratando de rellenar, —Segundo cajón al lado del fregadero. No estarás fumando otra vez, ¿verdad?

—Por supuesto que no volveré a fumar. ¿Crees que soy estúpido? Me tomó veinte años dejar ese desagradable hábito. No voy a hacer nada que ponga en peligro mi vida ahora.

—Ojalá las chuletas de cerdo tuvieran aberturas como un pavo.

Miró lo que ella estaba haciendo. —Si fueran un pavo, podrías metérselos por el culo.

—Sí, Bob—. Betty volvió a concentrarse en las chuletas de cerdo.

Bob regresó a la sala y encendió las briquetas, que ardían con un explosivo "Foof". El humo negro se enrolló hacia arriba, manchando el techo blanco. La alarma de incendios sonó con un quejido desgarrador.

—¡Bob! — gritó Betty, corriendo desde la cocina. —¿Qué estás haciendo?

—¡Empezando la barbacoa! — Bob le gritó. —Tal vez debería abrir las puertas, ¿eh?

—¿Por qué no lo hiciste afuera?

—¿Estás loco? Si lo llevo a la calle, alguien me lo robaría.

—Lo que tú digas—, dijo Betty, volviendo a la cocina.

En ese momento, sonó el teléfono. Bob levantó el auricular. —¿Hola? —, gritó.

—¿Qué? —, gritó.

—¿Quién? —, gritó.

—¡No puedo oírte! La alarma de incendios se está apagando. Llama en unos minutos, ¿sí? — Bob sugirió colgar el receptor.

Con la agilidad de un florista geriátrico, tiró de una silla a un lugar bajo la alarma ofensiva y se levantó cuidadosamente. Agarró el detector de humo, que saltó de sus monturas, aún gritando, y aterrizó en el suelo. Bob pensó por un momento, y luego saltó de la silla él mismo, aterrizando directamente en el detector de humo, rompiéndolo en centenares de pedazos de plástico, mientras

que al mismo tiempo tiraba de una cadera fuera de la articulación. Los componentes todavía unidos entre sí continuaron su zumbido. Bob levantó una palmera en una maceta y la dejó caer directamente sobre la ruidosa masa. Finalmente, hubo un cierto silencio en la casa Rosetti.

Betty volvió de la cocina. —¿Quién era, querida? —, preguntó.

—Fue la alarma de incendios, ¿quién creías que era? ¿Quizás una soprano de la ópera metropolitana?

—Me refería al teléfono, querida. Me pareció oír el teléfono.

—Yo también creí oír el teléfono, pero no sabía si había alguien al otro lado por todo el ruido que hacía.

Betty asintió. —Dime cuando la barbacoa esté lista para cocinar algo.

El teléfono sonó de nuevo. Betty lo recogió. —¿Hola? Sí, estamos bien. Tu padre sólo encendió la barbacoa, eso es todo. Sí, está aquí mismo. De acuerdo—. Ella le ofreció el receptor a Bob. — Es para ti.

Bob cogió el teléfono. —¿Qué? ¿Qué? Bueno, ¿dónde está? ¿Qué quieres decir con que no lo sabes? ¿No deberías estar vigilandolo? No estoy gritando. Bueno, encuéntralo. Ya voy para allá—. Reemplazó el receptor del gancho y se volvió hacia Betty. —Carl se ha ido. Vamos a su apartamento y ayudemos a Dot a buscarlo.

—¿Pero qué hay de la barbacoa?

Bob se encogió de hombros. —Tendrá que esperar hasta más tarde.

Betty cogió su abrigo del armario delantero. —¿Deberíamos dejar que arda mientras estamos fuera?

Bob miró a su alrededor. —Supongo que tienes razón. Tírale un cubo de agua encima.

—No en mi sala de estar.

—Entonces tiraré un cubo de agua sobre él.

—Bob, no.

Bob desapareció en la cocina y sacó el cubo de la fregona lleno de agua.

—Bob,...

—¿Quieres callarte? Sé lo que estoy haciendo—. Vertió el agua sobre las briquetas ardientes, que siseaban, chisporroteaban y humeaban. El agua corría a través de la rejilla de ventilación debajo y hacia la alfombra, esparciendo carbón negro y ceniza por todos los pisos de madera dura. —Ahí. Vamos.

Betty agitó la cabeza. —Odio las barbacoas.

Capítulo 13

Carl caminó por el apartamento, oliendo las plantas de plástico. Miró la gran pintura de Al Capone montada sobre el escritorio. Recogió y examinó el jarrón de imitación genuina de Ming. Olfateó las colillas de cigarro posadas en el cenicero. Pensó en el gato de las nueve colas que colgaba de la pared. Las grandes puertas dobles se abrieron.

—¿Qué te parece? — preguntó John García.

—¿Por qué aquí?

—Le dije, Su Excelencia, que el Vaticano no cree que el apartamento en el que estaba era seguro, así que querían que se mudara aquí, donde podría vigilarlo.

—¿Pero qué hay de Dorotea?

García sonrió. —Ella ha sido informada. Es usted un hombre muy importante, Su Excelencia. Estuvo de acuerdo con nosotros en que sería muy malo que te pasara algo.

Carl asintió. —Entiendo. ¿Cuándo regreso a la Ciudad del Vaticano?

—La Iglesia no cree que sea una buena idea que usted vaya a la Ciudad del Vaticano ahora mismo. Puedes tomar todas las decisiones desde aquí.

Carl asintió. —Tráeme algo de comida.

García se volvió hacia uno de sus brutales guardaespaldas. —Ya oíste al hombre, Lyle. Quiere comida.

Lyle asintió con la cabeza y salió de la habitación hacia atrás.

—Dorotea también prometió que hoy podríamos jugar a la pista.

García sonrió. —Lyle estará más que feliz de jugar a la pista contigo.

—Bendito seas—, dijo Carl, formando una cruz frente a él. —No sé si soy tan bueno como el padre Dowling, pero Dorotea dijo que podría serlo.

—Piensas muy bien de tu hermana, Dorotea, ¿verdad?

—Dorotea no es una monja. Ni siquiera es católica. ¿Alguna vez la has visto con un hábito?

García sonrió. —Sé que no es una monja, pero es tu hermana. ¿No lo sabías?

Carl se frotó la cabeza, como si estuviera cepillándose los pelos de la espalda que no estaban ahí. —No. Ni siquiera habla polaco. A veces me confundo.

—Beba un trago, Su Excelencia—, sonrió García, sirviendo dos vasos de whisky del bar. —¿Por qué crees que le pidieron que fuera tu asistente personal? Porque es una persona muy especial para ti. Es tu hermana.

—Ya veo—, asintió Carl, sorbiendo su whisky. —He sido engañado.

García continuó sonriendo. —Así es, Su Excelencia. Te engañaron alojándote con tu hermana para que te influenciara. Pero ahora estás a salvo.

—Pero me gusta Dorotea.

—Está bien, Su Excelencia. Podemos encontrarte otra dama.

Lyle volvió con el almuerzo. —No sé qué les gusta comer. Pero yo no le puse cerdo. Espero que esté bien.

García abofeteó a Lyle en el estómago. —¡Esa es la fe judía, idiota!

—Oh, no parece judío. Tienes una visita.

—Envíenlo a mi oficina. Estaré allí en un minuto—. Lyle salió de la habitación otra vez, hacia atrás de nuevo. García se volvió hacia Carl. —Lo siento por eso. El hermano Lyle no tiene toda la razón, si sabes a lo que me refiero—, dijo, haciendo círculos al lado de su cabeza con su dedo índice.

Carl sonrió, aproximándose al sándwich. —Rezaré una oración especial por él.

—Si me disculpan ahora, tengo una visita. El bar está por allí. Si necesitas algo, pulsa el botón del intercomunicador del escritorio. El Hermano Lyle estará justo afuera de la puerta.

—Gracias—, dijo Carl.

El visitante estaba solo en la oficina de García cuando García entró. El visitante era un extranjero que no hablaba ni una palabra de inglés, pero se parecía sorprendentemente a un pastor de cabras albanés. —Veamos tu pasaporte, Amigo—, dijo García.

El visitante se encogió de hombros interrogativamente.

García intentó hacer pantomima, hacer un pase de fútbol y tratar de imitar un puerto marítimo muy concurrido. Cuando ambos métodos no funcionaron, llamó a Lyle a la oficina e hizo que lo registraran. —Aquí está su pasaporte, jefe—, dijo Lyle, abriendo el pasaporte, —Aquí dice que este hombre es....

—Dame eso—, dijo García, cogiendo el pasaporte. —Aquí dice que es Howard Johnson, de Nueva Jersey. Hola, Amigo. ¿Eres Howard Johnson?

—Dmitri Dmitrivich—, contestó el pastor de cabras.

—¿No habla inglés, Sr. Johnson?

—Inglés, sí—, sonrió Dmitrivich, dándole la nota a García.

García no le prestó atención a la nota. —¿Cuál es la primera persona que presenta una forma progresiva de 'ser'?

Dmitri Dmitrivich se encogió de hombros. —Inglés, sí—, dijo, señalando la nota.

—Me encanta lo que han hecho con sus hoteles.

—Sí. Inglés, sí—, sonrió Dmitrivich.

García miró la nota. —Bien, bien, bien. ¿Qué tenemos aquí?

Lyle se encogió de hombros. —No lo sé.

—Es un comunicado del Obispo José. Dice que todo fue bien en Europa.

—¿Qué significa eso?

—Significa que el interruptor está encendido—. García arrugó la nota y la puso en el cenicero. —Cuando el verdadero Papa llegue la próxima semana para su tercera gira por EE.UU., lo reemplazaremos con nuestro amigo, Carl Rosetti.

Lyle se encogió de hombros. —¿Por qué vamos a hacer eso?

—Porque ciertas facciones de la Iglesia nos pagan bien por hacer eso. Y piensen en las infinitas posibilidades si finalmente estamos moviendo todos los hilos en el Vaticano. Piensa en todos esos católicos de los que podemos beneficiarnos. ¡Johnson! — García dijo, dirigiéndose a Dimitri: — Dile al Obispo José que todo está arreglado en Nueva York. Dígale que puede contar con nosotros para entregar la mercancía. Y dígale que esperamos una pronta compensación por nuestros servicios. ¿Tienes alguna pregunta?

Dmitri Dmitrivich sonrió y señaló el cenicero. —Inglés, sí.

—Te lo escribiré—, suspiró García.

Capítulo 14

Stan Woodridge estaba sentado solo en su apartamento, pisoteando uvas en una tina de lavar a sus pies mientras veía una telenovela en la televisión cuando sonó el teléfono. Apagó el sonido de la televisión y levantó el auricular. —Gracias por llamar al 900-332-COMPRA, grandes compras de grandes monumentos. Tenemos una gran selección para sus inversiones, a sólo tres dólares por minuto. En este momento—, dijo Stan, recogiendo sus fichas de la mesa de café, —tenemos las escrituras de la antorcha de la Estatua de la Libertad, que ofrece una vista magnífica del horizonte de Manhattan, así como de la mayor parte del puerto de Nueva York. Tenemos una hermosa propiedad con jardín en Central Park, donde se puede ver el césped y las flores durante los meses de verano, así como la recreación de invierno. Tenemos..... Oh, hola Dorotea. Claro que me acuerdo de ti. Eres la hermana de Carl Rosetti. ¿Cómo está Carl? Quería hablar contigo sobre que Carl me diera un número de teléfono. Absolutamente ningún riesgo involucrado. ¿Él qué? Bueno, ¿dónde está? Sí, sé que si supieras dónde está... No estaría perdido, pero ¿dónde lo perdiste? Ahora mismo voy para allá. No hay problema, sólo dame la oportunidad de lavarme los pies. Te veré en media hora.

Stan reemplazó el receptor en el gancho y tomó el control remoto. Luego volvió a mirar la televisión y subió el volumen. Era la noticia de la próxima visita del Papa a los Estados Unidos. — No—, dijo Stan, y apagó la televisión.

Cuando Stan llegó al apartamento de Brooklyn, estaba lleno de gente. —Hola, Dorotea—, dijo Stan, viéndola.

—Gracias por venir, Stan—, dijo Dorotea. Tenía una toallita húmeda en la cabeza y sus ojos parecían inyectados de sangre. Se volvió hacia Bob y Betty y luego hacia Stan. —Stan Woodridge, estos son mis padres, Bob y Betty Rosetti. Mamá, papá, este es un amigo de Carl, Stan Woodridge.

Stan estrechó cada una de las manos a su vez. —¿Dónde has mirado ya? —, preguntó.

Bob tomó un sorbo de café. —Revisamos todos los hospitales y morgues, y nadie ha visto al Papa hoy.

—Lo vi en las noticias—, dijo Stan.

—¿Dónde estaba?

—El Vaticano.

—Entonces no pudo haber sido Carl. Está en algún lugar de Nueva York, si aún está vivo.

Stan se torció el bigote y tomó la taza de café que Dorotea le ofreció. —Carl es un tipo duro. Siempre fue duro. No le pasó nada, estoy seguro. A menos que—, se encogió de hombros Stan, — los Mariners se apoderaron de él para el partido que convocó en 'setenta y cinco'.

Dorotea se frotó los ojos. —La razón por la que te llamé, Stan, fue porque pensé que ya que tenías muchos amigos, y conocías a muchos de los amigos de Carl, que tal vez podrías revisar algunos de sus viejos cuelgues y averiguar si ha estado en algún lado.

—Si hay un pontífice suelto en Nueva York, Stan Woodridge puede encontrarlo.

—Gracias, Stan—, dijo Dorotea, dándole un beso en la mejilla.

—Caray. ¿Qué obtengo si lo encuentro?

Dorotea sonrió débilmente. —Tendrás que encontrarlo para averiguarlo.

—En camino.

Stan se detuvo primero en la sala de billar de Lui Hwan, una de las principales actividades de Carl cuando estaba en la ciudad. Desafortunadamente, Carl pudo haber tomado un avión a cualquier parte, ya que tenía lugares de reunión en cada ciudad con un estadio de béisbol de la liga mayor. Aún así, fue su mejor opción probar los lugares de reunión de Nueva York primero. —Oye, Lui—, dijo en saludo, —¿Cómo te va?

—No tan alto como lo será si los hermanos Kim te encuentran aquí.

—Les pagaré cuando pueda. Ahora mismo no puedo. ¿De acuerdo?

—Tal vez prefieras decírselo tú mismo—, dijo Lui Hwan, cogiendo el teléfono.

—Deja eso—, rogó Stan moviendo las cejas implorando, —Vengo aquí buscando a Carl. ¿Lo has visto?

—No desde ese accidente en Chicago. ¿Cómo le está yendo?

—Ha desaparecido. Así que probablemente podría estar mejor. Te diré algo, Lui. ¿Podrías llamarme si aparece por aquí?

Lui se encogió de hombros oscuramente. Tenía una cara muy severa, como si siempre estuviera enojado con el mundo, o conspirando contra él. —No lo sé—, dijo, —¿Tienes un número local? ¿Llamada gratuita?

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.